



Biografía no autorizada de Los Prisioneros será lanzada mañana

Adelanto de Corazones Rojos

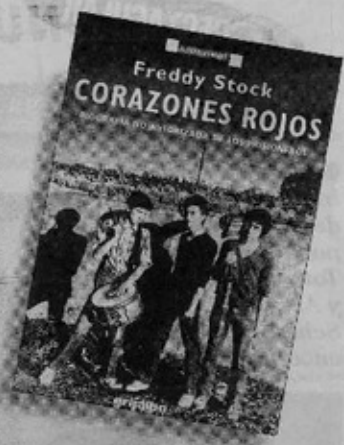
Tras cuatro años de investigación, el periodista y editor de Cultura y Espectáculos de La Tercera, Freddy Stock, resume en Corazones Rojos la historia del legendario trío de San Miguel. A lo largo de 260 páginas, distribuidas en doce capítulos, el libro revela aspectos inéditos en las vidas y trayectoria musical de Jorge González, Claudio Narea y Miguel Tapia, creadores de la banda más trascendente del rock chileno. He aquí dos episodios.

Las fiestas universitarias a principios del '84 fueron las primeras experiencias de Los Prisioneros actuando bajo la tutela empresarial de Carlos Fonseca, ya que los principales amigos y contactos de éste se encontraban en los recintos académicos. Ellos bordeaban los 19 años y Fonseca los 22. Y el primer viernes de abril de 1984, Fonseca haría su debut como manager del conjunto en la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile, celebrada en la prorectoría. Pese a la precariedad del sonido, a la pésima organización del encuentro, a la opaca temática que mostraba al principio los estudiantes, Los Prisioneros hicieron su show intachable que terminó entre aplausos. Felices, caminaron cerca de 30 kilómetros

de regreso a sus casas en San Miguel. Ahí estaba el público de la banda. Que desiste para el espíritu de los muchachos esto de tener que resignarse con ser aprobados aquí y no en sus barrios, donde eran absolutamente incomprendidos. Como olvidar esa experiencia en el Auditorio de San Miguel, la noche siguiente de la tocata en la Facultad de Humanidades. Jorge, Miguel y Claudio se habían conseguido una invitación para tocar en las jornadas de rock que se hacían en el auditorio municipal e invitaron a su nuevo manager al encuentro. Los Prisioneros sentían derecho a interrumpir tres temas como parte de un show destinado a un semillero de bandas que pululaban en la zona, pero enfrentaron a un público hostil muy diferente al "intelectual" de los campus universitarios. Esa vez, los estudiantes fueron cambiados por tipos de aspecto oscuro y marginal con la mente puesta en la abstracción melancólica del rock de los setenta, una propuesta

ya sobrepasada por las letras y la música de Los Prisioneros. Lucharon con el público de bandas como Tussulto, Arenas Movidas, Alejandra y Panzer con los resultados obvios. Pidiendo instrumentos prestados para superar la situación, la silbatina de cinco mil "volados" contra el trío vino con el primer acorde. Fonseca, metido al medio de la concurrencia, observó impotente cómo la mara destruía a los muchachos con botellas y granadas. González y compañía atacaron con la disciplina de siempre, con esa mirada de odio que patentarían incluso ante los auditorios más devotos. Abrieron con La Voz de los Chilenos, una volutada del trío al amplexamiento de quienes repelaban el recinto. El repudio lo hizo fuerte Fonseca, inmiscuído en la multitud con los brazos cruzados simulando una actitud distante. González estaba enturquecido. La platea estaba enfurecida. Latinoamérica es un Pacto al Sur de Estados Unidos se perdió entre golpes e insultos. El ambiente era un hervidero de malas vibraciones, de cuerpos empujados cerviceca e imprecisos del dolorido meloso de la moribunda. Los Prisioneros no estaban dispuestos a irse así como así. La tercera canción fue el desahuce de una batalla campal. Sezo fue un rap improvisado por González contra esa estifa de hippies que no entendían nada. "Váyanse a la mierda drogadictos... ¿Qué quieren, h...? ¿Quiéren escuchar a Led Zeppelin?, eso marrió hace mucho

tiempo". El vocalista repesaba al son peñaloso del tema cruzado meses antes para atacar el machismo. Todo se estaba pasando peligrosamente. Y siguió: "Marzincos, retráiganse, son puta mierda ¡Despierten mierdas!" Claudio lo ayudó con un corito: "para micerrrrra". Cuando González hizo una frase tipo "hijos de p... que se quedaron en un rock anticuado", tiraron los instrumentos al suelo. Fonseca, empujado de lado a lado por las hordas que pedían sangre, también entendió que era el momento de retirarse del lugar. La actitud valiente de los muchachos despertó cierta simpatía, pero en sectores minoritarios. El rock quería ir más allá de las provocaciones. Los Prisioneros, terminaron con clase. González miró a la penumbra con una sonrisilla burlesca y se fue a los camerinos, donde ya estaba Fonseca calmado a unos minutos que quería justicia ante tanto insulto. La llegada de algunos periodistas los sirvió de paliativo. Era un momento de radios pequeños de la zona sur. Los periodistas quisieron saber más de estos adolescentes flacos y agresivos. "¿Cómo se llaman?" "¿Prisioneros de qué se sienten?" "¿Qué opinan del gobierno militar?" González, siempre al frente, respondía las primeras preguntas a la prensa. Se debía cuenta de que los medios lo iban a obligar a definirse frente a temas que hasta ese momento ni siquiera le importaban, como la política. También aprenderían a nadar en la incongruencia y esta contradicción de tener que ir a buscar auditorios fuera de su círculo, del



habitar que tanto defendieron. Porque la admisión a esas letras de desesperación estaba en las universidades, entre chicos igual de necesitados pero no sólo de dinero o afecto. Necesitados de utopías sociales y cambios políticos. Sin necesitar banderas. Los Prisioneros impulsaban en los años el deseo irrefrenable de rebeldía juvenil, una que el país estaba necesitando, que la libertad estaba pidiendo en esos días temblorosos y oscuros. La fuerza de equipo que descubrieron en esa tocata los dejó conmovidos. Después repitieron la actuación en un recital de iguales características pero en el gimnasio Manuel Plaza de Nuble. Esta vez hubo cierto respeto para el grupo porque Carlos se presentó como manager ante los organizadores. Manager. La palabra era prácticamente desconocida en el círculo musical chileno. Los Prisioneros fueron puestos al principio del show y los

recibieron pánico. La andanada de insultos, esta vez, vino del sector que captaba el plato fuerte de la noche: el grupo Bruja Damasco, que llenaban los hermanos Pedro y Archie Fragué. "Nunca más tocamos ante estos h...", se produjeron. Y así fue. INTENTO DE SUICIDIO "Cecilia Aguayo se enteró del intento de suicidio de Jorge en plena celebración de Año Nuevo. La fiesta en que estaba era apostólica, organizada en un sitio cénico de Vicuña Mackenna, a metros de la Alameda, y prometía ser inolvidable ya que se estaba festejando la despedida de los ochenta y la bienvenida a la última década del siglo. Ahí le contaron los detalles. De cómo el líder de la banda se sentó en su cama, tomó un cuchillo y se rebarró las muñecas, manchando las sábanas y el piso con su sangre..."



Adelanto de corazones rojos [artículo].

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Adelanto de corazones rojos [artículo].

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile